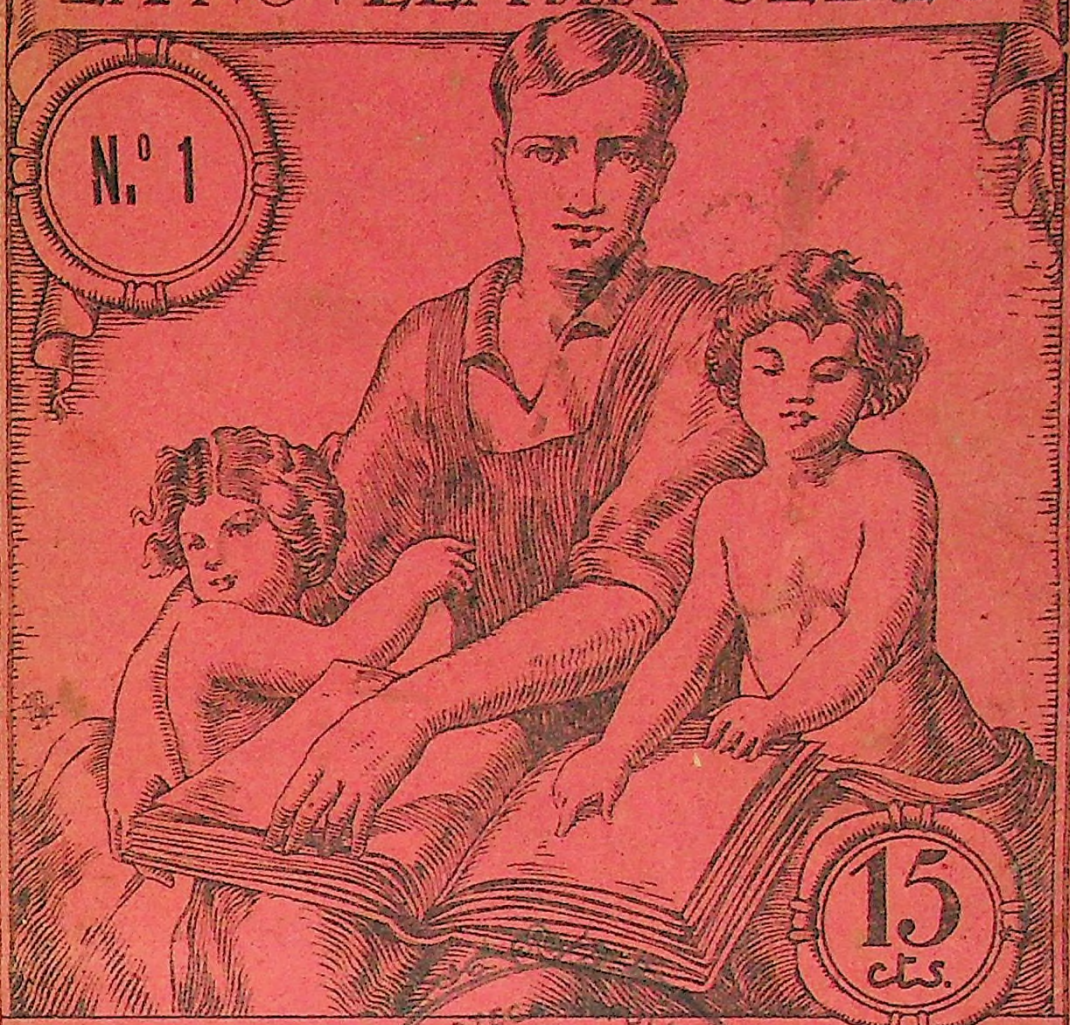
LA NOVELA DEL PUEBLO

N.º 1



15 cts.

BIBLIOTECA POPULAR
"EMILIO ZOLA"
SANTA FE

Heroína y Mártir

por DELAVILLE

LA NOVELA DEL PUEBLO es una publicación libre en el más amplio significado de la palabra.

LA NOVELA DEL PUEBLO cuenta con la colaboración de los escritores de tendencia social que más se han distinguido en la defensa del pueblo y en el esfuerzo para que éste se instruya.

LA NOVELA DEL PUEBLO publica cada semana una novela inédita, con la crítica y el relato de cualquier aspecto de la sociedad actual con atisbos y anticipaciones de una mejor convivencia humana. En todo caso, estos breves episodios sociales son fiel reflejo de lo presente, combatiendo lo que éste tiene de imperfecto; o pedazos de vida arrancados de la realidad que en sí mismos llevan la censura encendida de lo que debe desaparecer, o sencillas y claras exposiciones de formas más libres de existencia para el futuro.

LA NOVELA DEL PUEBLO en cada uno de sus números, por muy diversos que sean entre sí, tiende a un mismo fin: instruir al pueblo en la forma más amena y agradable.

LA NOVELA DEL PUEBLO, debidamente coleccionada, será el más variado y rico exponente de las aspiraciones populares, y no en trabajos difíciles, sino en novelitas sencillas, claras, en las que lo social y lo literario estarán fundidos de modo certero y logrado.

Esto, nada más, pero nada menos que esto, es LA NOVELA DEL PUEBLO.

LA NOVELA DEL PUEBLO

Heroína y Mártir

POR

DELAVILLE

PUBLICACIONES MUNDIAL
APARTADO 925 BARCELONA

TALLERES GRÁFICOS COSTA : CONDE DEL ASALTO, 45.-BARCELONA

A MIS HERMANOS DE GALICIA,

Paco Diez, Gregorio Guerra, José Villaverde, Manuel Fandiño, Juan Rueda, Federico Sánchez, E. Ruiz y Josefa Veiga, con todo el cariño de un alma apasionada.

DELAVILLE

1

Santiago de Compostela. ¿Conoces, lector, esta vetusta ciudad de piedras milenarias que hablan al corazón? ¿Has pasado por debajo de sus pórticos ennegrecidos por los años, por donde pasean de noche alguna que otra pareja perdida, unidos cuando nadie los ve, distanciados si alguien atisba sus gestos? ¿Has oído las campanadas romper el monótono y casi permanente silencio, que entristece y conmueve?

El cristianismo usa de las campanas para llamar a sus fieles despertándoles del sueño, al alborear el nuevo día. Estremecen todo cuanto de vida hay en la ciudad. Un sentido recogimiento religioso invade a todos los compostelanos dominados por el formidable campanero de la Catedral.

Las viejas beatas, tocadas con la clásica mantilla, salen presurosas de sus viviendas, y las primeras en pisar los templos son ellas. Sus menuditos pasos resuenan en las bóvedas, como si fueran ecos de almas en penitencia, deambulando por los claustros en espera del absoluto perdón divino. Cada pisada en el sagrado lugar, parece un ¡ay! apagado de la

víctima, que maldice al mundo por atreverse a perturbar su silenciosa paz en su propia tumba...

Era un día de otoño. Las hojas de los soberbios castaños cubrían ya la tierra, sirviendo de alfombra a los transeuntes, así como a las manadas de corderillos yendo en busca del monte.

Amanecía.

Como en día de grandes solemnidades, todas las campanas de Santiago llenaban el aire de sus melancólicas notas. Las viejas devotas buscaban en el fondo de sus arcas las mejores ropas para su atavío de gala; las jóvenes, dando a Santiago un aire de modernidad que horroriza a los sosegados compostelanos, se disponían a lucir sus piernas cubiertas con finas medias de seda, así como su escote librado a las codiciadas miradas de todos los varones que acudían a la santa mansión.

La ciudad entera ya estaba prevenida de la gran solemnidad religiosa, mas, a pesar de ello, a las ocho y media de la mañana, después de un seguido repique de campanas de todas dimensiones y sonidos, lanzaron al aire como un ronquido de bajo formidable, las notas más agudas y penetrantes de las más rancias y queridas campanas de la Catedral.

El forzudo brazo de un invisible Cuasimodo, retumbaba con energía aquel pesado bronce, dándole el sonido que quería el campanero: ora alegre, ora triste: tinc... tanc... tinc... tonc...

A las nueve menos cuarto, volvieron, después de una pausa, a enviar sus ondas por el espacio como si fuera la última llamada a los fieles retardatarios.

Aquel día la Catedral llenóse de bote en bote. Los canónigos y beneficiados lucieron sus más ricos vestidos incrustados de oro y plata.

Las principales familias, lujosamente ataviadas, ofrecían doloroso contraste con las humildes ropas y el sencillo pañuelo que cubría la hermosa cabellera de las jóvenes campesinas que devotamente asistían al acto.

A pesar de la enorme multitud que invadía la nave principal de la Catedral, llegó un momento en que el silencio fué absoluto. Entonces, los beneficiados y canónigos, entonaron las notas de los salmos de David, salmos de loor a Jehová, que fueron escuchados con unción por todos los presentes.

En el templo hubo quien, al oir las primeras notas de estos hermosos salmos, pensó en la vida accidentada de su autor, el hijo de Isaí, que supo, de simple escudero, pasar a rey de Israel, siendo además, uno de los más grandes poetas israelitas.

La que pensaba en el vencedor de Goliat, era una hermosa joven, hija única de una rica familia compostelana, en cuyo honor celebrábase el gran oficio religioso.

Oigamos lo que de ella dicen en voz baja dos ancianas sentadas en un apartado rincón de la inmensa nave:

—Mire usted cómo la hija de don Eusebio se nos va. ¿Quién había de decirlo que llegarían los tiempos en que las hijas, ¡las hijas!, a los 22 años abandonarían a sus padres para ir a tierras desconocidas!

—¡Ay, sí! ¡Qué demonios de tiempos son esos!—contesta la otra, haciendo la señal de la cruz.—Dicen que va a estudiar. Como si no tuvieran aquí mismo, en Santiago, una Universidad, tienen que irse a correr mundo.

—Para mí es eso: correr mundo, ganas de correr mundo. Envidiosos que son, que no tienen bastante con la tierra a que Dios les ha destinado. ¡Quieren ver más cosas, conocer otras personas y entender otras lenguas! Pero no se escaparán, jamás podrán evitar el eterno castigo de Dios. Sobre sus cabezas sacrílegas, caerá, no lo dude señora Adelaida, la maldición de nuestro santo padre... ¡Ay, yo no lo quisiera, y a rogar por ella vengo, pero Dios sigue su ruta, e inflexible castiga a los osados!

—Es una lástima. Educada, inteligente, guapa, sobre todo guapa, y que ahora le dé por aceptar este viaje—y acercándose al oído de su vecina, le dice en son de misterio:—¿Y sabe usted adónde va? ¡Pues a Berlín! ¡Sí, señora; a Berlín...!

—¡Dios de nuestros pecados! ¿Está usted segura? ¿A Berlín? ¿Allá, tan lejos... en donde los hombres se mataban y se destruían los hogares y se escarnecía a Cristo?

—Segurísima, me lo ha contado Francisco, el criado de más confianza de don Eusebio.

—¿Y qué aprenderá en Berlín?

—Dicen que la medicina.

—¿Pero el gobierno permite estas cosas?

—Precisamente es de Madrid que la envían. Se han re-

unido los ministros en eso que llaman Consejo, presididos nada menos que por el rey, y allí, después de mucho buscar una mujer inteligente con que poder lucirse al enviarla al extranjero, se han acordado de Magdalena. La señora María Luisa, su madre, está desconsolada. No come ni duerme, desde que de Madrid llegó el notición. Ella no quiere. El padre, don Eusebio, medio, medio; pero entre algunos vecinos y el alcalde, le han llenado la cabeza de promesas...

—Y Magdalena ¿qué dice?

—Magdalena, encantada. Los librotes que vienen de Madrid y de Barcelona le han vuelto los sesos.

—¡Ay, señora Adelaida, estamos perdidos! ¡Y tan guapa, y tan joven!...

—Yo, señora Rita, he rogado a Dios para que la vuelva de su acuerdo, pero por lo visto Dios no me ha escuchado. Esta misa de hoy es la despedida. Mañana sale para Vigo. Allá embarcará para un puerto de Alemania: creo que le llaman Hamburgo, y de allí con el tren irá a Berlín.

—¡Qué barbaridad! Una joven como la señorita Magdalena sola por esos mundos de Dios...

—Ahora pagan con su dolor, los padres, el haberle dado instrucción a su hija.

—Yo siempre he dicho que a las mujeres no deberían enseñarles más cosas que las faenas de casa y leer una carta, y eso de leer según y cómo.

—Tiene usted razón, señora Rita; las lecturas a la mujer, le perjudican siempre. Aprenden cosas que deben serles ignoradas y sienten deseos peligrosos. Mire como nosotras, alabado sea Dios, hemos permanecido honradas y fervientes religiosas, hasta nuestra vejez, no contrariando jamás los designios del Señor, nuestro padre.

—También, en premio de nuestra virtud, para nosotras será el reino de los cielos, la gloria eterna.

—¡Pobre Magdalena! ¡Tan guapa y mañana embarca...!

. . . . . .

El oficio religioso había terminado, y el gentío congregado en la Catedral salía con leve murmullo, comentando la «aventura» de la señorita Magdalena. Unos, los menos, favorablemente. La mayoría, condenaba la osadía de la joven y la debilidad de los padres, a la vez que criticaban el acuerdo del gobierno por haber ido a Santiago a perturbar la paz de una honrada familia, habiendo, en otras ciudades del reino, tantas personas que ambicionan la beca concedida a la señorita Magdalena.

La madre de la muchacha no cesaba de llorar, y el padre se esforzaba en fingir tranquilidad, y hasta recibía con aire de satisfacción, las felicitaciones de las autoridades locales.

II

Las numerosas amistades que en la corte conservaba don Eusebio, al enterarse del acontecimiento, presurosos se complacían en enviar su enhorabuena al venturoso padre. Por otra parte, don Eusebio, ávidamente repasaba la prensa, y los elogios que su hija recibiera al pie de su fotografía publicada por algunos diarios de Galicia, acabaron por darle el ánimo que le faltara.

Aquello era un acontecimiento para Santiago y aun para toda Galicia. Una de sus hijas iba, según todas las trazas, a ser una grada más en su ya alta escala de las glorias regionales.

Por su parte, Magdalena ultimaba sus cosas, ordenaba su equipaje, y, en fin, preparaba con toda tranquilidad, eso sí, la marcha que debía conducirla a la gloria deseada o al fracaso más rotundo. Y es que Magdalena, serena su alma, seguros sus pasos, sabía el camino que debía recorrer. Presentía también los zarpazos de la fiera humana, pero si bello era su rostro, templado era su espíritu, y esperaba confiada las embestidas de las murmuraciones rastreras e impotentes, porque tenía una sublime creencia: la ciencia, y una fe que la dominaba: la bondad.

III

—¡Adiós, piedras compostelanas, que levantáis este monumento arquitectónico que se llama Catedral! ¡Adiós, mi Universidad querida! ¡Loados sean aquellos forzudos que piedra sobre piedra supieron levantarte, allá por el año 1504, para que yo, 420 años más tarde, pudiera salir por el mundo con un cerebro repleto de ideas, en busca de la gloria eterna, para mi particular goce, y un poco de bien para la humanidad! ¡Adiós, encantos de mi infancia, recuerdos amados; yo me voy, pero mi cariño de mujer queda con vosotros, como con vosotros quedan estas lágrimas mías que mojan vuestra tierra, mi tierra!

Magdalena lloraba...

Cruzaba el «auto» seguido de otros «autos» que la acompañaban hasta Vigo, por las estrechas calles de Santiago, hasta llegar a la campiña.

En el «auto» de Magdalena, su madre y su padre, llorando, iban también. No pronunciaban palabra. La emoción ahogaba su voz.

—¡Galicia! ¡Galicia mía...! ¿Te volveré a ver? ¿Veré de nuevo tus verdes campos, tus altos montes, tus alegres pastorcillos que con su caramillo endulzan su vida y poetizan el ambiente?. Estas carreteras tortuosas que cruzan las más altas cimas de tus montes, y atraviesan colinas y llanuras, que tantos emigrantes han conducido a otras tierras, llévanme ahora a mí, a cruzar la ruta de lo desconocido...

—¡Oh, Galicia mía! Paisajes encantadores glosados por la gran Rosalía de Castro. Hermosa tierra que das vida a estos soberbios castaños que por los años mil amparan bajo su generosa sombra, las ardorosas promesas de aquel amor optimista y primerizo de los enamorados... juramentos eternos de primavera musicados por el piu, piu, del inocente pajarillo... y que ahora, en este otoño frío, húmedo, cubierto de

plomizas nubes, van cayendo una a una las pálidas hojas, como pálidamente se marchita alguno de los amores que antaño juráronse calor y vida eternos, bajo la regia sombra de los castaños galaicos.

Así, mentalmente, se despedía de su terruño la señorita Magdalena.

En la gran bahía viguesa le esperaba el trasatlántico, el «Cap Roca», que aquel mismo día partía con rumbo a Hamburgo.

El lago inmenso que es la bahía de Vigo, también exalta la pasión emotiva de nuestra joven.

—Inspiración de poetas, motivos soberbios para lienzos. Aguas tranquilas de hoy, que mañana, embravecidas, con vuestro espantoso pero sereno rugido, reclamaréis para vuestras profundidades, todas las impurezas de la tierra, así como el alma pútrida del hombre pervertido para su purificación.

Y así salió de Galicia.

IV

Magdalena había alquilado una coqueta habitación en la suntuosa Avenida Unter den Linden, no muy lejos del Parck Brücken en donde solía pasar algunos ratos leyendo, durante los días de verano.

Poco tiempo tenía, por cuanto su carácter afable y su inteligencia preclara, le valieron muchas y muy sólidas amistades que le absorbían sus horas libres.

También frecuentaba algunos Clubs estudiantiles, en donde conoció a unos sudamericanos, con los que por afinidad de idioma, intimó más que con los alemanes.

Un peruano, también estudiante en medicina, como Magdalena, y que ya llevaba tiempo en Alemania, se encomendó a sí mismo la labor de cicerone que ella aceptó complaciente.

Tan recta era la conducta de Magdalena, que todos la

respetaban y querían. Estudiaba, luchaba con afán de vencer.

Aunque siempre recibía más de lo necesario para cubrir sus necesidades, veces había que carecía de lo preciso. Había estudiantes de familias humildes que a duras penas cubrían sus necesidades más perentorias; y en su ayuda acudía Magdalena. Nada perdió con ello, puesto que en pago de su desinterés le hicieron, aquellos jóvenes inquietos, regalo de unos humanos ideales de redención que ella, corazón abierto a todas las bondades, abrazó con cariño y bañó su cerebro en sus cristalinas aguas.

Dos años llevaba ya en Berlín, cuando con cuatro estudiantes en medicina, dos alemanes y dos sudamericanos, fué en visita a Leipzig, para estudiar en los establecimientos Luis Kuhne. Esta visita llevó a su ánimo la duda sobre lo mucho que había aprendido durante los años de sus provechosos estudios. Con ímpetu devoraba los libros, capítulo sobre capítulo.

Su tenacidad en el estudio como sus progresos, admiraban lo mismo a condiscípulos que a profesores. Pronto los primeros se aconsejaban de ella y los segundos la escuchaban con atención y respeto.

Al llegar el día de su regreso a la península, tres años después, se le hizo una despedida sin precedentes en la historia estudiantil de Berlín.

Los profesores de la capital alemana auguraron, para Magdalena, un esplendoroso triunfo en la medicina.

Y ella regresaba inquieta. Su cerebro trabajaba constantemente.

V

Mientras Magdalena regresa, veamos rápidamente lo que pasó en Santiago de Compostela y en la casa de don Eusebio.

Un día se recibió una carta de Madrid, que decía:

«Ministerio de Instrucción Pública

»Señor don Eusebio Ferreiro

»Santiago

»Mi querido amigo: Muy grato me es comunicarte en nombre del gobierno la satisfacción que le produce los constantes progresos de tu hija, pues en mi ministerio se ha recibido una nota de Berlín, en la que nos anuncian que Magdalena Ferreiro será una gloria para España en la medicina y sin duda alguna de gran provecho para la humanidad.

»Recibe con mi particular enhorabuena, el sincero afecto de tu amigo, etc., etc.,

Alfredo Crespo de Ala»

Inútil decir que estas líneas llenaron de júbilo la sosegada mansión de los Ferreiro. Todo Santiago hablaba de ello. Los pollos bien rodearon la señorial casa y como una manada de lobos acechando la débil oveja, se deshacían en cumplimientos y en augurios de días de gloria para la tan celebrada señorita Magdalena.

—Estos ogros vienen en busca de la carne a la vez que de mi bolsa—dijo a su mujer don Eusebio.—Hay que velar por ella.

—Bien; pero ha cumplido ya 25 años y es preciso pensar en...

—En lo que yo he pensado ya—interrumpió don Eusebio.

—¡Cómo! ¿Tú...?

—Sí; yo he arreglado; es decir, no hay nada hecho. Falta tu venia.

—A ver, a ver. ¿De quién se trata?—dijo ávidamente doña María Luisa.

Don Eusebio cogió una mano de su esposa, y como si fuera a obsequiarla con una de aquellas caricias de sus pasados tiempos de noviazgo, pronunció quedamente un nombre:

—Antonio Riveiro...

—¿El primo en segundo grado de nuestra hija?—preguntó radiante la madre de Magdalena.

—¡El mismo!—sentenció don Eusebio.

—¿Y cómo no se te ha ocurrido decirme ni una palabra antes de ahora?

—Porque no eran más que proyectos, suposiciones, castillos en el aire entre Jacinto, su padre, y yo. Mas, hoy, que el chico lo ha confesado...

—¿Pero es seguro entonces? ¡Ay, qué alegría! ¡Qué contenta estoy! ¡Porque es muy buen muchacho! ¡Y muy bien plantado!, ¿eh?

—Y muy listo—terminó gravemente el futuro suegro.

—¿Es abogado, verdad?

—¡Y de los buenos! ¡De los que darán que hablar!

—¡Mira, qué parejita más mona tendremos! Un gran abogado, futuro gobernante de España, y la doctora más eminente, más sabia de la tierra—concluyó doña María Luisa satisfecha, dando un beso a su esposo.

VI

Pasados los primeros días de natural entusiasmo y de festejos, con que la ciudad de Santiago celebró el regreso de su excelsa hija; cuando ya los padres iban de nuevo acostumbrándose a su grata compañía, cuando Magdalena estaba ensimismada en sus estudios y empezaba ya en ella a alborear la seguridad del triunfo y de la gloria eternas, un rudo golpe vino a perturbar su actividad serena y tranquila.

—Hija mía—dijo su madre melosamente, entreabriendo la puerta del estudio de Magdalena,—es preciso que te haga partícipe de una inquietud nuestra. Debo comunicarte un asunto de mucho interés...

—Entra, entra; y veamos de qué se trata—contestó, poniéndose de pie y cogiendo la puerta, abriéndola de par en par.

—Pues, verás...

Y como viera que se interrumpía sin atreverse a abordar el asunto, Magdalena, un poco asustada, dijo con inquietud:

—Continúa, mamá. ¿Pero qué sucede? ¿Alguna desgracia?

—No, hija mía. Al contrario. Es una gran alegría cuya emoción ahoga las palabras...

Tranquilizada, sonriendo y entre besos que conmovían más aún a la madre, le dijo cariñosamente:

—Anda, tontina; mamaíta mía. Habla, yo también quiero alegrarme. Ansío vuestra emoción. Habla, habla.

—Pues... mira... An... Antonio, ¿sabes? Tu primo...

—Sí; el hijo de Jacinto, ¿no es eso?—le ayudó Magdalena.—¿Qué le pasa?

—Nada. No le pasa nada. So... Solamente, ¿cómo te diré yo? Vamos, quiero decir... En fin... que te quiere—acabó por decir.

—???...

—Sí, querida mía. ¿No te alegras?

—¡Mamá! ¡Qué estás diciendo! ¿Cómo quieres que me alegre si yo no le quiero, no puedo quererle?

—¿Por qué?

—Qué sé yo... No le quiero a él ni a ningún otro hombre. Amo a toda la humanidad; por el bien de ella trabajo. Ahora estoy en mis estudios. Dejadme; más adelante, no digo que no. Pero ahora no siento necesidad de amar a un ser. Amo a todos los seres.

—Olvidas que tienes veinticinco años, hija mía.

—¡Veinticinco años! ¡Qué me importa a mí eso! Soy una niña que necesito aprender muchas cosas, al estudio me debo. Mañana, cuando en mí despierte la mujer, amaré. Amaré a Antonio o a otro. Entonces, el corazón me pedirá caricias de hombre y sabré amar. Hoy no sabría.

—¿Y te niegas en absoluto?

—No es que me niegue. Es que no puede ser, mamá.

—Pobre chico. Tan bueno. Y pensar que está en el salón esperándote—le dijo su madre, señalando la puerta. —Sal cuando menos, y acéptale el ramillete que ha venido a ofrecerte.

—Esto sería alimentar una esperanza, mamá, y comprenderás que esto está mal, sería un crimen...

—Anda, tonta, si viene a ofrecértele en homenaje a tus triunfos. Además, está con Jacinto, su padre, y tu papá.

De muy mala gana, y más para no disgustar a su madre que por aceptar aquel ramillete, que de seguro tendría algunas espinas, salió de su habitación, y con doña María Luisa apareció en el salón con su esplendorosa belleza moruna. Sus ojos, tristes debido a semejante visita y por la conversación que con su madre acababa de tener, hacían aún resaltar más su belleza. Todos observaron su tristeza, mas creyeron que sería consecuencia de la emoción, al enterarse del amor del pretendiente. Este, sentado en un diván, palpitante su corazón, ataviado con ceñido traje, profusamente perfumado, no más entrar Magdalena, se puso en pie, y como guiado por invisible apuntador, le dijo, ofreciéndole el precioso ramillete:

—Claveles, camelias, narcisos, pensamientos, rosas... He aquí unidas todas estas flores en este manojo que te ofrezco, para que ayuden, si ello es posible, a hacer resaltar más aún la belleza de que se ha prendado mi corazón.

Don Jacinto, el padre de Antonio, pareció satisfecho del discursito y sin mediar palabra, una vez todos sentados y después de los saludos de rigor:

—Hemos venido a pedir tu mano para Antonio, y hemos tenido la dicha de que nos haya sido concedida por parte de tus queridos padres—dijo, dirigiéndose a Magdalena y clavando sus miradas en los ojos de la joven.

Magdalena, que vió en la sonrisa de don Eusebio el deseo de que aceptara aquel noviazgo, y queriendo no contrariarle, pensando en evitar el casamiento, asentió con una dulce, pero muy triste mirada, hacia el que desde aquel instante entraría en la casa, como el prometido de la doctora Magdalena Ferreiro.

VII

Los acontecimientos, que se precipitan con vertiginosa velocidad, enrollaron a Magdalena en su diabólico vértice, doblegaron su férrea voluntad y condujéronla al tálamo nupcial.

Tres años habían transcurrido desde que Magdalena era

la esposa del abogadillo Antonio Riveiro. Este, que además de ser un mal abogado era un perfecto holgazán, se ocupaba en despilfarrar la fuerte dote que le cayó al casarse con Magdalena. A decir verdad, jamás sintió el menor cariño hacia su esposa. Al principio sintió algo así como una especie de atracción admirativa. Atracción por su belleza y admiración por su reconocido talento. Mas, todo esto pronto desapareció, y a la sazón, lo único que le preocupaba era combinar sus viajes, unas veces a Madrid, otras a París, otras a Niza, otras a Barcelona, y en fin, a cuantas ciudades podía encontrar placer y vicio. En cada una de las poblaciones nombradas tenía por lo menos una amante, con las que gastaba enormes sumas del dinero de su esposa. Sabía de todos los vicios en su máximo refinamiento. Su profesión de abogado la dejó por completo. Durante el primer año de su matrimonio que trabajó algo, ejercitó la abogacía tan sin conciencia, que cuando de defender a un pobre se trataba, si comprendía que no cobraría, le abandonaba en mitad del proceso a merced de los acontecimientos. Por lo demás, lo mismo le daba defender que acusar. ¿Qué ponían a uno de sus patrocinados en libertad? Bien. Un triunfo para él. ¿Emoción ante la flagelación de los barrotes celulares? Ni pensarlo. Cuando acusaba, si para siempre hundía en presidio a alguno del banquillo, con refinado sadismo neroniano, se frotaba las manos de placer y decía para sus adentros:

—No es sólo Magdalena quien triunfa...

En fin, era un libertino, un crápula.

Entre tanto, Magdalena, que aceptó el casamiento con resignada bondad y que sentía asco, repugnancia, hacia aquel esposo degenerado y vil, que pretendió introducir incluso en su hogar los vicios repugnantes adquiridos en los más bajos prostíbulos, se entregó por entero al estudio, haciendo una vida en absoluto apartada del marido... No vivía más que para sus estudios. ¿Que su esposo gastaba el dinero? Allá él. No le preocupaba tal majadería. ¡Vivía tan por encima del egoísmo, de las humanas miserias!

VIII

La doctora Magdalena Ferreiro había alcanzado fama mundial. Recorría la península dando conferencias y era solicitada con insistencia por los centros docentes de París, Roma, Berlín y otras ciudades europeas y aun de Sudamérica.

Vulgarizaba su ciencia. Todo aquel que se acercaba a ella en solicitud de un consejo, en el acto era atendido. Pero lo que causó un verdadero revuelo entre el cuerpo médico, fué su afirmación, rotunda, categórica, de que el alumbramiento podía y debía tener efecto sin el menor dolor.

Se había familiarizado con el eminente doctor Paúl Cartón. De éste había recibido no pocas enseñanzas, sobre todo una que dió una orientación provechosa a su vida.

«El ser humano ha nacido para vivir muchos más años de los que ahora vive, o mejor, vegeta, en absoluta contradicción con su misma vida, rodeado de miserias y de vicios, en vez del bienestar, la felicidad y el amor a que tiene derecho como ser superior de la creación.»

Con este axioma de Paúl Cartón, emprendió la Ferreiro su noble cruzada en contra de los vicios que azotan a la humanidad. Y así proclamaba que el hombre debía nutrirse únicamente de productos naturales para sentirse fuerte moral, intelectual y físicamente.

«Un acercamiento a Natura por parte del ser humano, tambaleará la medicina; la vida entera de acuerdo con Natura, destruirá toda mi ciencia»—declaró en una de sus notables conferencias.

En un trabajo publicado en la revista *La Science et la Medecine,* afirmó:

«...el preparado por mí descubierto, que evita los dolores en el parto, y que tanta importancia se le da—inmerecida por cierto—y que ha sido el resultado de un análisis laborioso y concienzudo, a lo que algunos de mis eminentes colegas me han ayudado, perderá toda eficacia el día que la mujer adquiera una cabal conciencia, antes y después del embarazo. Mi preparado habrá de estar al alcance de todos, mientras el ser humano no ordene su vida.

»El mismo día en que la humanidad se dé cuenta de su yerro; el día venturoso en que dé una fuerte sacudida a *todos* sus vicios, será el de su resurrección y la muerte para siempre de toda la medicina alópata. Mi preparado, como todos los demás inventos notables de la medicina, solamente servirán en casos extremos, y cada vez más raros, a medida que corran los tiempos hacia la perfección y la belleza humana.»

Como se puede ver, a su inteligencia iba unida una simpática modestia y un gran amor al prójimo.

Los médicos que no estaban de acuerdo con sus afirmaciones, no se atrevían a refutarlas. Llegó un momento en que sus artículos y conferencias, como su maravilloso invento, ocupó toda la atención médica mundial. Además, insinuó que tenía en estudio otros descubrimientos, a su parecer mucho más importantes que el que la consagraba como una gloria del siglo XX.

El triunfo rotundo que coronó toda su tenaz labor de estudio, no le dió la felicidad a que ella aspiraba, y a la que tenía derecho.

Faltábale algo. Sentía un vacío enorme en su pecho. Y es que su corazón precisaba el calor de otro corazón. Si sus bellos ojazos negros y penetrantes, si sus largas y morenas trenzas y en fin, si toda su belleza atraía hacia ella la atención masculina, su potente cerebro daba miedo a los hombres, a pesar de su modestia y afabilidad. Su marido, cada vez más hundido en el vicio, acabó por vivir completamente olvidado por ella. Vivían en la misma casa como dos seres extraños. Jamás Magdalena le permitía la menor aproximación, y Antonio Riveiro, mientras no le quitaran el dinero, a todo se avenía.

Magdalena tenía entonces 29 años; estaba, pues, en la plenitud de sus fuerzas.

En Santiago funcionaba un Centro de Estudios Sociales, en donde solía, la ilustre doctora, dar algunas conferencias. Lo mejor y más selecto de la ciudad, se reunía allí, la noche que Magdalena peroraba.

Un obrero tipógrafo de unos 32 años, de vasta cultura y

que colaboraba en algunas revistas de carácter social, dedicóle uno de sus escritos en una publicación bonaerense. Magdalena quedó prendada de la sencillez de los conceptos, del estilo claro y conciso de aquel trabajador manual, que por su propio esfuerzo se hizo con un respetable bagaje intelectual.

Estando Magdalena en su estudio, apareció la doncella con el recado de que un señor deseaba hablar con ella.

Dió orden de que pasara. Era Fernando Plaza, el obrero tipógrafo, que venía a ofrecerle personalmente—aunque ella ya lo había leído—su trabajo aparecido en la Revista *Ideas*, de Buenos Aires.

—Muchas gracias, señor Plaza. Le estoy a usted muy agradecida por su delicada atención—le dijo, tendiéndole la mano y ofreciéndole asiento.

—Bien poco vale, doctora, mi humilde dedicatoria, comparada con los grandes y valiosos obsequios que de todo el mundo recibe usted constantemente.

—No lo crea ; me ha conmovido más usted con estas sentidas líneas, que cuanto dicen de mí estos grandes rotativos y pesadas revistas.

—Sencillas y sinceras sí que lo son, doctora. Más cariño que en estas líneas mías, dudo que nadie haya puesto al escribir su nombre de usted. Es usted una mujer que se ha ganado la admiración y la estima de las clases humildes por su constante labor de renovación. No le ofrezco yo galanas flores que se marchitan a la primera absorción. Las mías, doctora, han de conservar su perfume para siempre, porque brotan de mi corazón, y el aroma que del corazón mío sale, jamás puede extinguirse. Todo cuanto yo le ofrezco, es eterno como eterna es la labor de usted.

Jamás Magdalena había oído palabras tan sinceras y pronunciadas con tanto ardor. Conmovida :

—Los ideales de usted, nobles, generosos y humanos, cuentan con mi admiración—dijo.

—A lo que contestó Fernando :

—Doctora, los ideales míos son los de usted. Lo que yo expongo en *Ideas*, usted lo propaga y defiende siempre, y mejor que nadie podría hacerlo. Porque a la elegancia del gesto, va unida la gracia encantadora, la belleza incomparable, el talento único...

—Caramba, señor Plaza — interrumpió débilmente Magdalena.

—Sí, doctora ; las ideas, cuando son sembradas por una persona como usted, se desarrollan más rápidamente ; los frutos brotan con mayor robustez. La mano del artista se ve en la obra, así como en el campo se ve la destreza del sembrador. Mis palabras carecen de forma literaria, pero tan sinceras son, que así salen de lo más hondo de mi alma. Cuando la escucho a usted, vibra mi espíritu ; todo yo estoy pendiente de su palabra... Magdalena...

—Fernando...—contestó con apagada voz la doctora.

Fernando se levantó ; ganó con un paso la distancia que los separaba, cogió las manos de Magdalena y cayendo de rodillas con la cabeza sobre su falda, cubriéndose en ella su rostro, balbuceó estas palabras :

—Magdalena... Te amo. ¡Quiero ser tuyo ! ¡Lo necesito como el aire que respiro ! ¡Como tú necesitas tus libros, yo preciso tu amor, tus besos !

Ella quedó perpleja. Sintió como si una llama de fuego desbordara su corazón, esparciéndose por todo su cuerpo, desgarrándole las entrañas, ahogándola. No pudo hablar. Un nudo en la garganta no le permitía pronunciar más que :

—Fernando...—Y quedamente repetía :—Fernando...

—Dime, Magdalena. Dime que me amas—dijo él, levantando la cabeza y buscando los ojos, humedecidos de la que amaba.

—¿Lloras, Magdalena?

—Es que te amo...—pronunció ella como una sentencia.

Y sufría como deben sufrir las plantas cuando les arrancan una flor por primera vez...

—¡Fernando... ! ¡Fernando... !

Y con tal ímpetu salía de sus labios este nombre, que cogió la cabeza de su amante con las dos manos, y cual una Salomé apasionada, juntó sus labios con los de Fernando, su amado.

IX

Pasó el tiempo, y el amor de Fernando y Magdalena creció con él. Así también la celebridad de la doctora se solidifica y va en aumento. Ha escrito un libro, *La pasión humana,* unánimemente alabado por la crítica y seriamente discutido por los principales médicos de Europa y América.

Magdalena, desde que ama, se siente más ágil en la palabra, más vivaz en el pensamiento, más sutil en las emociones. Necesitaba el amor...

Sus trabajos de laboratorio eran esperados con ansiedad por el mundo entero. La autoridad científica de la doctora Ferreiro es universalmente reconocida.

Su esposo, entretanto, seguía su vida encenegada en el vicio. No le causaba la menor emoción el universal triunfo de su mujer. Algunas veces, en los burdeles, ensuciaba el nombre de la doctora, jactándose de ser él el marido ideal que gasta lo que la mujer gana, ya que la dote se había extinguido.

Por otra parte, Fernando, al que ella amaba con pasión, espaciaba cada vez más sus visitas. Magdalena lo atribuía a sus quehaceres, ocupada ella misma en importantes estudios biológicos. Y trabajaba, trabajaba con fogosidad inusitada. Ya la vida tenía para ella otro atractivo: el amor, que unido al placer de producir, representaba toda su vida. Una vida fecunda, de gran provecho para la humanidad.

Seguían cada vez más raras las visitas de Fernando. En una de éstas, de las contadas en que se veían:

—Fernando mío. ¿Por qué dejas de venir en tan largo tiempo?—le dijo ella cariñosamente y besando con fervor los labios de su amante.

—Es que... verás, estoy muy ocupado—respondió, y acto seguido continuó:—Después hay otra cosa que parece que tú no tienes en cuenta...

—¿Cuál?

—Pues... tu marido...

—¿Mi marido...?—hizo ella con extraño acento.

—Sí; tu marido. Lo que hacemos con él no me dirás que está bien.

—¿Y al cabo de dos años y medio te has apercibido de ello?

—Verás, con el tiempo entra la reflexión...

—Vamos. Ya comprendo; pero sé franco. Sinceramente dime que no me quieres ya.

—No, no. Nada de eso. Te amo igual hoy que el primer día. Solamente que me da no sé qué engañar a un hombre.

—Hoy te repugna engañar a un hombre. En cambio, el día que me revelaste tu amor, sin ningún escrúpulo llegaste hasta el final.

—Te repito que la reflexión, el tiempo...

—Te has cansado de mí. ¡Yo soy la que no puedo engañar a nadie, así sea el reptil más venenoso de la tierra! ¿Te acuerdas del día que me pediste mi amor? ¿Recuerdas que al preguntarme por qué lloraba, respondí «Porque te amo»?

—Sí, lo recuerdo; sigue.

—Escucha. Lloraba, porque entre tu amor y el mío se erguía un hombre... o algo que parecía un hombre. Y mientras mis manos no cogieron tu cabeza para acercarla a mis labios, dudaba entre lo que llaman el deber y el amor que me abrasaba. Al besarte, mi resolución estaba tomada: ser tuya, toda tuya, *únicamente tuya*—subrayó—y para siempre. Aquella misma noche, le comuniqué a mi marido nuestra situación. Le dije que había sido tuya y que jamás volvería a ser de él. Mi corazón es solo uno, y para un hombre debe ser.

—Pero... Magdalena...—dijo confuso Fernando.

—Tranquilízate. A mi marido lo mismo le da. Lo importante para él, es lo más despreciado por mí. El dinero. Yo esperaba tu resolución. Dos años y medio esperando... en vano una sola indicación tuya, para abandonar esta casa y esta vieja y antipática ciudad y tú...

—Magdalena... Yo no sabía...—interrumpió el amante.

—Tú no sabías que yo pudiera ser una mujer. Tú imaginabas que con el amante me conformaba. Lo que a ti te satisfizo durante dos años y medio, el adulterio, a mí me re-

pugnaba; me asqueaba. La carne, ¡no! El deseo unido al amor, el cariño encendido de dos almas apasionadas, dos cuerpos y dos espíritus unidos... ¡Eso, sí! En vano, repito, esperé tu palabra—acabó con tristeza, secándose unas lágrimas.

—Magdalena, no llores. Oyeme—dijo Fernando, cogiéndole una mano, que ella retiró con presteza.—Yo quiero decirte, que debiendo ir a París... pues que tú podrías venir conmigo y...

—¿Que *podría* ir contigo...? ¡No! Para ello es preciso amar. ¡Tú no amas!

—Verás, mujer; yo no quiero vivir a costa de nadie. Aquí en Santiago no puede uno desenvolverse. Allá, me han ofrecido una buena plaza de corrector en el *Nouveau Univers*. Además, me han dicho que podré colaborar en el propio periódico. Entonces podré ser lo que tú quieres.

—¿En el *Nouveau Univers* has dicho? En ese periódico, que es la antítesis de los ideales por ti expuestos?

—Sí; ¿y qué? ¿Qué me importan a mí los ideales? La vida ante todo...

—¡Cómo! Entonces ¿también has fingido un ideal? ¿Me has engañado en el amor y te has burlado de mis ideas? ¡Canalla! ¡Toma!

Y a la vez que pronunciaba esta última palabra, cogió con toda rapidez un candelero de columna de encima de la mesa, y le asestó un fuerte golpe en la cabeza. Murmuró Fernando algunas palabras y cayó inánime al suelo.

X

Y Magdalena mató. ¿Mató por amor propio al sentirse engañada por un ser inferior a ella? ¿o fué la venganza la que le empujó al homicidio? No se puede creer ni en lo uno ni en lo otro. Estas bajas pasiones que dominan el alma de las mediocridades, son repelidas por Magdalena porque en

su pecho no cabe nada que no sea grandeza. Entonces, sería preciso definir el por qué de su transcendental acto. ¿Matar a un hombre? ¡Ello es cosa grave! Una mujer como nuestra heroína, que no debe hacer nada sin mediar la reflexión, un gesto como el que nos ocupa, merece un concienzudo estudio, estudio que está por encima de nuestras fuerzas al tratarse de Magdalena. Penetrar en la psiquis de ésta es algo escabroso; hay que pasar por un enzarzado y tortuoso camino, por donde quedarán jirones de nuestras carnes y nuestro corazón sufrirá el llanto amargo, al contraste del dolor intenso que ahora sufre entre las cuatro paredes de su celda, la mujer, cuya historia intentamos narrar.

Quizá a ti, caro lector amigo, más reflexivo, te sea permitido ahondar en el alma de esta mujer, aunque la hayas conocido mucho después que yo. Quizá tú, ya has visto el verdadero móvil que armó el brazo de la Ferreiro. Pero aunque así sea, es preciso que sigamos hablando de ella.

Magdalena Ferreiro, según nuestro entender, fué, ante todo, víctima de nuestras costumbres y por haber querido rebelarse en contra de nuestra hipocresía imperante, sufrió el rudo castigo que la sociedad impone a los descontentos, a los visionarios. Sus padres, atendiendo más a las conveniencias que a la futura felicidad de la hija, le obligan a seguir un camino, que luego ellos mismos son los primeros en deplorar; mas ella, siempre generosa, sabe perdonarles su grave falta, olvidarla y aun sonreirles y consolarles a ellos.

Era un exótica flor de extraños y penetrantes perfumes, en medio de este gran jardín incoloro y de una llanura fría y espantosa. Ella rompía la monotonia en este ambiente de mediocridades acomodaticias y asquerosas. Era una niña osada que necesitaba entregar su alma a alguien que la acariciara, y en su lugar halló quien la zarandeó. Era el castigo que recibía por su osadía, impuesto por el medio ambiente corrupto y odioso, que vino por mano de un hombre en forma de amante, como ahora lo confirmará—probablemente—el jurado, en nombre de la misma sociedad ultrajada y para cumplir los preceptos de la diosa Temis.

Además, Magdalena era mujer y sabía amar, y necesitaba amar sin hipocresías ni tapujos. ¿Doctora, culta y mujer fe-

menina? ¡Quiá! Esto tampoco se concibe, acostumbrados que estamos a ver en las mujeres cultas, perfectos marimachos. Una mujer inteligente y de carrera, debe pasar su vida en la biblioteca o en el laboratorio; no puede penetrar en el secreto del amor, y la que traspasa los límites acordados por el vulgo, es condenada de una forma u otra, pero irremediablemente.

Y la pobre Magdalena, que posee un cerebro de una potencia arrolladora, también cobija en su pecho un gran corazón con ansias de caricias, de cariño ardoroso... Magdalena quería en el hombre, además del amante—esto del amante hay que interpretarlo en el verdadero sentido de la palabra: Amor—al amigo, al hermano, con quien comunicar sus inquietudes y vivir en completa camaradería igualitaria. Ningún arranque autoritario se le veía, ni en sus gestos, ni en sus palabras, ni en sus costumbres. ¡Y cuidado que es difícil esto en una mujer culta! ¡Con cuánta facilidad resbalan estas «superiores» mujeres hacia los vicios del hombre-autoridad! No saben mantenerse en su verdadero centro. Olvidan que han nacido mujeres y que mujeres deben morir.

Magdalena no. Como Magdalena es un poco difícil hallar otra mujer. Por esto nos hemos decidido a contar su historia, sin perjuicio de que otras plumas mejor talladas la presenten a estas numerosas lectoras que van en busca de emociones amorosas, fuertemente sazonadas.

Mujeres como la que nos ocupa merecen la atención de todas; que se fijen en esta vida ejemplar de estudio y de pasión, de altruismo y de bondad, porque si los hombres tenemos necesidad de elevarnos y de expulsar de nosotros el morbo que la herencia nos legó, en las mujeres, ¡ay!, esta necesidad aumenta considerablemente por cuanto ellas mismas se consideran inferiores al hombre. ¡Inferiores al hobre! ¿Cómo serán, pues, las mujeres?

Y no es de extrañar que sintamos, no ya simpatía, sino cariño por una Magdalena Ferreiro, tan por encima de lo que se podría llamar la mujer actual.

Posee todas las cualidades para hacer feliz a un hombre; a un HOMBRE.

Es hermosa, buena, sobre todo buena, y siente el cos-

quilleo de la voluptuosidad porque tiene necesidad de amar y sabe amar—muchas mujeres no saben ni eso—sabe decir ¡te quiero! con los ojos, y sabe pedir besos sin pronunciar palabra. En el hogar es una mujer para un hombre, como en el estudio es una inteligencia para la humanidad.

* * *

Siendo Magdalena una mujer apasionada y de refinada sensibilidad, no es de extrañar que empuñara el hierro para terminar con la vida de un impostor. Las almas nobles que poseen un cariño intenso, sufren mucho al verse burladas, y si esta burla viene de parte de quien dice ostentar nobles ideas, y ha hecho promesas de sincero amor, el dolor es más penetrante, más agudo.

Magdalena creyó; hubo de creer en el amor de Fernando Plaza, porque ella fué sincera en el suyo. Se imaginó en Fernando, a un hombre diferente de los demás y se prendó de él, y a él se entregó. Al sentirse su corazón acariciado por los dulces balbuceos del amor de su adorado, cuando el prolongado chasquido de sus besos estremecía todo su ser, creía que el mundo entero era para ella, que había conquistado el Universo todo.

Pensaba que las miserias humanas no podrían ya causar mella en su pecho acorazado por el amor de Fernando, y se aprestaba a la titánica lucha en contra del mal.

Cuando las ondas del amor penetran en el corazón voluptuoso de un ser apasionado, su optimismo es tal, que ningún obstáculo le arredra; todo lo arrolla con una fuerza magnética e impetuosa capaz de destruir la más poderosa e inexpugnable fortaleza.

Así también, al recibir el desengaño fatal del amor fingido, es horrible, incomparable, inconmensurable el dolor que a punzadas destruye una vida haciendo jirones el corazón...

* * *

¡Pobre Magdalena! Recluída en una celda de una cárcel provincial, espera con dolor el día de su proceso, que decidirá su vida o su muerte...

¡No! A ella no puede interesarle lo que decidan unos hombres reunidos, sobre si es o no culpable de asesinato. ¿Quién puede atreverse a decir sí o no, referente a su culpabilidad? ¿Son capaces de comprender el dolor, de penetrar en el momento del crimen, los «dignos» contribuyentes elevados a servidores de la justicia? ¡Ah, el jurado! ¡Ah, la justicia!

No ven, no comprenden que Magdalena sufre, y no precisamente por hallarse encerrada entre los odiosos barrotes de su celda, sino por la incomprensión de los hombres, por la imbecilidad del ser humano, al elevarse en juez supremo de sus iguales, pretendiendo, con petulancia, corregir los yerros—cuando él ve yerros—no ocurriéndosele otra cosa que el castigo y siempre el castigo odioso y réprobo...

No es cuestión de testigos ni de discursos más o menos elocuentes, el condenar o absolver a un procesado. Los que han de juzgarle, a veces, las más, no conocen del acusado sino lo que oyen en el mismo día, que por primera vez le ven, y que han de decidir su suerte.

Después de escuchar a unos y a otros un simple cambio de impresiones basta para enviar a la horca a un ser, que muchas veces resulta inocente de lo que se le acusa.

No se paran en estudiar la psicología del individuo, que la sociedad les presenta como culpable. ¡Ni tampoco pueden...!

Y Magdalena piensa, piensa en esta humanidad que quiso corregir y que al entregarse a una de sus células, recibió el pinchazo más doloroso de su existencia.

¡Fernando! ¿Quién era Fernando?

Le conocimos siendo obrero tipógrafo en Santiago de

Compostela, cuando frecuentaba los medios izquierdistas y se llamaba a sí mismo, un propagador de ideales nuevos de redención.

Tomaba parte, en verdad, en algunos actos de propaganda y colaboraba en la prensa de vanguardia. Esto le dió en la pequeña ciudad compostelana y aun fuera de ella, cierta popularidad, de cuya popularidad se servía para sus asuntos particulares, algunos no muy dignos, que digamos. Ya lo veían los que más le trataban, pero se lo toleraban teniendo en cuenta que era hombre y como tal, propenso a errores y debilidades y también susceptible de perfección.

Inteligente, se le consultaban muchos asuntos que muchas veces resolvía favorablemente. Para nadie era desconocido su nombre a unos cuantos kilómetros alrededor de Santiago.

Magdalena sentía por el joven obrero una viva simpatía, que se trocó en amor a fuerza de agasajos y dulces palabras que Fernando otorgaba espléndidamente a la doctora, a quien se había propuesto el muy tuno, poseer. Por vanidad más que por amor. ¡Ser amigo de la doctora Ferreiro! ¡Ya se cuidaría él, de que todos se enteraran!

Como casi todos los que buscan la popularidad, ante nada se arredraba con tal de acrecentar la nombradía de su persona. Mariposeaba con prudencia, cautelosamente, en torno de cualquied personaje como antes lo hiciera alrededor de la persona de la que fué su amada. Era un envidiosillo. Todo le parecía poco. Santiago y el mundo eran estrechos para él. Si hubiese podido conquistar a todo el planeta, como Napoleón se hubiese proclamado nuevo emperador. Eso sí, lo disimulaba. Al verle, nadie hubiera sido capaz de descubrir su alma negra al acecho, debajo de su epidermis endurecida. Al parecer, todo era modestia, humildad y sacrificios, pero escondía las uñas el malvado. Era como aquellos reptiles venenosos que despiden el virus sin estridencias, y cuando su víctima se da cuenta, ya no hay remedio; es la muerte segura.

De esta clase de individuos los hay, desgraciadamente, por todas partes, pero en donde con más frecuencia se han manifestado, ha sido entre los medios de extrema izquierda. Entre las aglomeraciones de trabajadores ansiosos de un poco más de reposo para el cuerpo y de expansión para el espíritu, han tenido ambiente propicio esta clase de hombres.

En los núcleos obreros la entrada es más fácil. La puerta es ancha y por ella todo pasa. No hay filtro. Todas las impurezas penetran en el interior y así viven los organismos estos: tambaleándose. Pero no a causa del enemigo de enfrente, sino por el de dentro, por el que roe sus huesos, maltrechos ya, por las fuertes sacudidas de las cruentas luchas cotidianas.

El ambicioso, allí encuentra vía libre y da curso a su maldad. Si alguien alimenta el fuego de su impureza, ya está: confidente o pistolero.

Fernando, que no llegó a confidente—propiamente dicho—ni se atrevió a empuñar una pistola, manejó la pluma para denigar y embrutecer con soeces palabras el movimiento obrero al que antes perteneciera y en donde adquirió nombre y personalidad.

Y esto lo hizo a la primera ocasión. Ya hacía algún tiempo que escribía en periódicos de España y de fuera ensalzando a los opresores de los trabajadores. Esto se supo pronto en Santiago. Recibía muchos desprecios, y por temor a sufrir el de Magdalena, espaciaba sus visitas a la doctora. Esta, ocupadísima en sus estudios, no llegó a enterarse ni siquiera a sospechar de que tan bajo cayera el hombre por ella amado, hasta el día en que él mismo le anunció su colaboración en un diario reaccionario de París.

¡El día fatal!

Desde entonces, recluída en una celda cual una vulgar criminal, ¿cuántas veces ha dudado de la bondad del ser humano? Y como un caso insólito, ella, mujer de nobles sentimientos y de gran corazón, no sentía el menor arrepentimiento ante su acto, al parecer irreflexivo, y que costó la vida a un hombre... Ella, que laboraba por la vida, dió muerte a un joven. Es que hay vidas que no se lavan sino con la sangre, con la muerte...

Y aun no se olvida el daño hecho, por una eternidad...

Las heridas no restañadas, siguen doliendo y haciendo que se maldiga. El corazón sangrante puede perdonar el daño causado a uno individualmente, pero no olvida la mano torpe que obstaculiza la senda de la verdad, de la justicia y del progreso.

XI

Llegó el día del proceso. Los más importantes diarios de Europa enviaron corresponsales a la Coruña. Todo el mundo estaba pendiente del proceso. Toda la prensa sin distinción de partidos, publicaba sendos artículos y en lugar preferente destacábase la fotografía de la doctora Ferreiro. Todos pedían la libertad de la egregia dama.

Constituyóse la sala; el proceso fué rápido. No hubo testigos. ¿Para qué? Todos conocían a la procesada y además ella explicaba con toda serie de detalles el homicidio.

El jurado, visiblemente emocionado, se hallaba en un trance de enorme responsabilidad.

A un requerimiento del presidente, Magdalena dijo:

—Yo maté a Fernando Plaza. ¿Por qué? Los señores del jurado lo saben ya, pero si es preciso explicaré nuevamente el acto.

El presidente, haciéndose intérprete de la sala, evitó este nuevo dolor para la procesada.

El fiscal se encontró ante un caso complicado y excepcional, pero un crimen al fin, y que la sociedad, inflexible, pasando por encima de la calidad de la procesada, debía castigar, y para ello, después del discurso pidió para la del banquillo el mínimum de la pena.

La defensa fué colosal, formidable, arrolladora. Todos lloraban: el mismo presidente, el propio fiscal, el público todo; todos menos ella, Magdalena, que escuchaba serena las palabras de su defensor.

Cuando el presidente le preguntó si tenía algo que añadir a lo dicho por la defensa,

—Yo he matado a Fernando Plaza...—contestó, imperturbable.

El jurado pasó a deliberar.

¿Qué hacer? ¡Escabroso problema!

—Condenar a esta mujer, es condenar la ciencia. El mundo entero reclama su libertad—dijo uno de los jurados.

—Sí; de acuerdo—contestó otro;—mas ella dice que mató a Fernando Plaza y esto lleva todos los agravantes previstos por el código. No podemos dejar impune un asesinato. Si ella se disculpara... Por ejemplo, que lo hizo en su defensa... sin querer... Pero no, señor; dice que *mató a Fernando Plaza.*

—Tengan en cuenta, señores, que todo el mundo tiene la vista puesta en nosotros, y que nuestra responsabilidad es enorme si condenamos a la doctora Ferreiro. Pensad, señores, que la humanidad espera nuevos y grandes descubrimientos de esta dama, y que si la condenamos enterraremos a un genio en la celda de un presidio...

—Los fríos muros de un presidio—decía otro—serán testigos mudos de nuestro acto de hoy, si condenamos, y quizá ellos mismos se levanten un día, pidiéndonos responsabilidades por nuestra conducta de hoy.

—Sí; todo esto está muy bien—arguye un tendero-jurado,—pero el crimen existe, y la sociedad es inviolable. Convengo en la transcendencia que suponen para el hombre los inventos de esta mujer. De acuerdo en que el mundo ansía su libertad, pero la sociedad, al poner en nuestras manos su defensa, confía en nuestra rectitud, porque le prestamos juramento de fidelidad. El sentimiento y el deber. Sepamos poner a un lado la doctora y a otro la homicida, que debe dar cuentas de su crimen ante los hombres y ante la ley. Yo veo un solo camino: el de la Justicia; la condena. Ello se impone.

No se entendían.

Después de cuatro horas de deliberación, reaparece en la sala el jurado. Momentos de inquietud, instantes de zozobra...

El presidente agita la campanilla. Silencio sepulcral.

—¿Se considera a la procesada, Magdalena Ferreiro, culpable de asesinato en la persona de Fernando Plaza?

—Sí—contestó el jurado.

Un griterío ensordecedor siguió a esta sílaba fatal.

Hubo necesidad de desalojar la sala, tal era el fenomenal escándalo. En la calle se efectuaron detenciones y la policía hizo una carga adquiriendo el tumulto caracteres de motín.

. . . . . .

La doctora Magdalena Ferreiro fué condenada a catorce años, seis meses y un día.

«Ayer, la justicia mató a un genio», comentaba el día siguiente, con rara unanimidad la prensa de todo el mundo.

Y Magdalena Ferreiro fué a presidio.

* * *

Santiago de Compostela. ¿Conoces, lector, esta vetusta ciudad de piedras milenarias que hablan al corazón?

Pues allí nació y vivió Magdalena Ferreiro. Si antes de ahora Santiago de Compostela te era una ciudad antipática y pesada, tendrás, desde hoy que respetarla, y aun amarla, porque allí pasó sus primeros años Magdalena Ferreiro y en su Universidad estudió y allí trabajó porque hubiera un poco más de bondad en esta tierra de nuestras miserias, en la que tanto sufrió su noble y apasionado corazón.

Barcelona, enero de 1927.

LA PRÓXIMA NOVELA SE TITULARA

DOS MAS

Escrita por CARMEN QUINTELA

El libro más popular y leído en España

La Religión al alcance de todos

por Rogelio H. de Ibarreta

Quizá no haya ni un solo lector de lengua castellana que desconozca alguna referencia de este importante libro. Es, probablemente, el que se ha vendido más en toda España y América. Si un éxito fácil puede ser prueba de que una obra no es muy buena, el éxito de este libro es una excepción. Bien es verdad, por otra parte, que no es un éxito fácil el suyo, sino trabajado y conseguido en largo tiempo. Un éxito que tanto dura ya no es fácil. Se trata, en este caso, de que el libro que tanta aceptación alcanza es obra de importancia capital. "La Religión al alcance de todos", en efecto, es un libro importante en todos conceptos. Hacer el elogio adecuado de esta obra sería repetir lo que todo el mundo sabe. Baste, pues, señalar que la edición que esta casa ha hecho de tan famoso libro, no desmerece de él. No podía faltar en nuestro catálogo, bien presentada, bien hecha, una obra de tanta importancia, especialmente para el pueblo, como es "La Religión al alcance de todos". Un tomo de 368 páginas, encuadernado en rústica con artística portada a tricromía, 2 pesetas

Un libro que no debe faltar en la biblioteca de ningún trabajador

La vida trágica de los trabajadores

por el Doctor FEYDOUX

Excelente documentación, henchida de rebeldía contra los males que padecen los obreros, de todas las miserias, dolores, lágrimas y sufrimientos que, como un rosario sin término, soportan los trabajadores. Interesantes detalles de catástrofes y accidentes que podían ser evitados y que no se evitan por la avaricia y la inhumanidad de los explotadores. Curiosas revelaciones de cómo en muchas de sus ocupaciones los obreros se envenenan poco a poco. Libro doloroso y verídico que no debe faltar en la biblioteca de ningún trabajador, ni de nadie a quien la suerte de los trabajadores preocupe e interese. Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 3'50 pesetas

El libro de mayor éxito en los últimos tiempos

HISTORIA UNIVERSAL DEL PROLETARIADO

(Veinte siglos de opresión capitalista)

Narración patética y emocionante de todos los dolores, todas las miserias y todas las crueldades que a través de los siglos ha venido sufriendo el proletariado de todos los países. HISTORIA UNIVERSAL DEL PROLETARIADO contiene las enseñanzas más provechosas para la clase obrera. Dos grandes tomos de unas 700 páginas cada uno, encuadernado en rica tela, 12 ptas. la obra completa